

de tu alma, va á interponerse en nuestra intimidad algo que me robará dulces momentos y confidencias y alegrías.

—Tú siempre vivirás en mi alma, porque estamos unidos por un sentimiento noble y grande, y por grande y noble que sea la gloria, por mucho que me enajene, siempre tú vivirás en mi recuerdo y en mi corazón.

Al amor de Pico le espantaba la superioridad de Isolina, porque en la sabia armonía de la naturaleza, existe la ley de la superioridad siempre á favor del varón.



## CAPÍTULO X.

### LA PRIMERA REPRESENTACIÓN.

**C**ON pocos ensayos y en pocos días, Isolina quedó en estado de presentarse al público, pues comprendía admirablemente las menores indicaciones del director de escena y llevaba la ventaja sobre los demás actores, de saber de memoria su papel.

Entre las figurantes, cayó como cohete la noticia de que Isolina iba á presentarse sustituyendo á la primera dama de la compañía.



—¡Pues está buena la dama, la ex-figurante!

—Esta noche hay una silba espantosa, con toda seguridad, decía la pelona.

—Figúrense ustedes como saldrá ese drama.

—Y todo por quitarnos de en medio, porque desde el momento en que la compañía pueda sostenerse dando dramas y comedias de puro representado, ¡adios zarzuelas! adios cuerpo de coros!

—¡Adios de nosotras! agregó otra.

—Pero no tengan ustedes cuidado, que el fiasco de esta noche va á ser redondo y mañana nos vuelven á ver la cara para ajustar de nuevo.

—Era bueno negarnos todas.

—Por lo menos, no nos contrataremos sinó por doble sueldo.

—¡Caball!

—Yo por mi parte, si no me pagan doble no me contrato; que ya me canso de ser sufrida y de aguantarlo todo.

—Los empresarios son muy ventajosos.

—A mí me contrataron solo para el coro, pero no hay función en la que no me digan: Margarita, este papelito; Margarita, estas palabritas: Margarita, esta criada; y todo sin aumento de sueldo; pero ya lo sé, para otra vez yo diré: de puro coro, tanto; con papelitos tanto más.

—Eso es, hablar antes claro, para que no haya abusos.

—¿Y qué tal se portará don Fernando con su protegida?

—Dicen que viene la música militar.

—Dicen que van á iluminar el teatro.

—¡Vaya! Sí, lo creo.

—¿Y Alberto qué dirá de esto?

—Está furioso contra su tío.

—¿No ha conseguido nada?

—¡Qué ha de conseguir!

—¿Ha hecho el oso?

—Sin pasar de ahí.

—¡Ya se ve! ¡como el tío es tan rico!

—Y sobre todo viejo.

—Eso es: los mayores en edad.... canturreó la pelona.



—Hace muy bien, porque empezando por don Fernando.....

—Etcétera, etcétera.... agregó otra figurante, con un sonsonete que hizo reír á sus compañeras.

—Yo esta noche veo la función en palco.

—Yo también.

—Venimos temprano.

—Por supuesto.

Mientras las figurantes se deshacían en invectivas y hablillas, Isolina preparaba su primera presentación, sin omitir ninguno de los detalles ni circunstancias propias del caso.

Pico, por su parte, seguía sosteniendo la lucha de su amor en medio de las mil contrariedades que tenía que soportar en su difícil posición con Isolina.

El estreno de una primera dama era un acontecimiento que estaba haciendo ya todo el ruido que el empresario había procurado hacer, tanto más cuanto que como él había dicho, Isolina venía á salvarlo en su complicada situación financiera.

Don Fernando por su parte puso en juego todos los resortes de que era capaz, y cooperó eficazmente á que aquella función teatral fuese una de las más espléndidas que se habían visto hasta entonces.

Alberto obraba en el mismo sentido que su tío, aprovechando la ocasión que se le presentaba de hacer méritos acerca de Isolina.

Por fin, llegó la noche tan impacientemente esperada.

Don Fernando proporcionó coche para que Isolina fuera conducida al teatro, y prestó solícito los más importantes servicios á Pico, á fin de que Isolina tuviera todo el lucimiento posible.

Isolina, haciéndose superior á todas las trabas y dificultades de una primera representación, esperó con firmeza y aplomo la hora de su salida, procurando una completa incomunicación con los visitantes del foro.

Isolina hacía por intuición lo que debía ser una prescripción irrevocable para los actores, y la razón es ésta.



La ruda transición de la vida real á la personificación de una entidad que, tal vez está muy lejos de parecerse al actor que la ejecuta, es un esfuerzo de la inteligencia y del genio, para el que se necesita una preparación.

El funámbulo no efectúa un lance difícil sin haberse preparado antes, midiendo con el ojo la distancia, calculando con aplomo la gravedad y la fuerza, el movimiento y el equilibrio; y más fuerte con aquel momento de concentración y de cálculo, que con el solo caudal de la fuerza física, le vemos ejecutar pasos que nos pasman de asombro.

El actor, al pasar del círculo de su vida real, tal vez azarosa y amarga, combatida y miserable, á la encarnación de un César ó de un semidios, ejecuta la transición más dura, da el paso más difícil que puede pedirse á la voluntad humana; pero este paso solo se consigue con la concentración, porque el actor necesita despojarse de todo lo que le pertenece, olvidarse de sí mismo, por más que sus mismas ideas lo embar-

guen; y elevándose con la imaginación hasta la altura del personaje, pensar en la escena anterior, en lo que motiva su salida, en la pasión que debe dominarlo, en la época en que pasó la acción, en el lugar en que se va á encontrar, y en todo, en fin, en lo que realmente pensaría el personaje que representa.

Pero cuando un estúpido traspunte embrolla la salida, cuando la anticipa por demasiada eficacia ó la retarda por omisión; cuando una de esas amables visitas de bastidores se entretiene, sin respeto al arte, en decirle una sandez al actor que se está preparando; cuando uno de esos amantes acaramelados prefiere hablarle á la señora de sus pensamientos de que tiene muy lindos ojos, en vez de dejarla ejecutar la difícil operación del ánimo de que hemos hablado; entonces el actor ó la actriz hacen en el público observador el efecto de una salida de títere, á quien una mano oculta lleva con un alambre.

Nosotros hemos visto á Romero del



Campo estar riñendo á un mite entre bastidores, á la sazón que el traspunte le dijo dándole las primeras palabras: «Yo soy el rey....»

Romero, asustado por la voz del traspunte, se lanzó á la escena todavía crispando las manos, encorvado y descompuesto por la cólera, y así dió algunos pasos diciendo:

«Yo soy el rey» con el mismo acento, en el mismo tono y en la misma actitud en que acababa de decirle al mite: «¡Muchacho de mis *pecados!*» pero reponiéndose de pronto, aunque ya tarde, se irguió de repente, sacó el pecho, levantó la cabeza, dominó el grupo, cambió la voz y empezó á ser rey cuando ya en el público había circulado el disgusto y la desaprobación en forma de rumor.

Isolina, por el contrario, concentró todas sus facultades, y poniéndose á la altura del personaje que iba á representar, cuando salió al foro ya llevaba impreso su carácter hasta en sus menores gestos y movimientos.

Su sola presencia bastó para impresionar vivamente al público, que la recibió con una salva de aplausos, que se hizo más y más nutrida.

Isolina saludó, teniendo el tino de no descender á extremosas demostraciones que hubieran hecho olvidar al personaje.

La prolongación del aplauso fué para Isolina un escollo, una contrariedad; procuró no dejarse dominar por la impresión del recibimiento del público y deseaba que el ruido terminara.

Por fin, ya en silencio el salón, Isolina comenzó á hablar.

Su segundo triunfo lo obtuvo el timbre de su voz.

El diapasón de la voz humana estan extenso, que entre los miles de semitonos que lo constituyen, damos pocas veces con uno de esos timbres armoniosos que son simpáticos.

Pero para Isolina acababa de resolverse una de las más grandes dificultades.

Al acento hubo despúes que agregar la acción y á ésta el sentimiento.



Habiendo logrado Isolina dominar del todo la emoción de su salida, se dejó llevar de su inspiración: el teatro estaba en silencio, el público estaba en uno de esos momentos de verdadera fascinación; Isolina estaba triunfando; había conseguido dominar á su auditorio á ese grado en que el poder de la inspiración y del entusiasmo identifica el espectador con el personaje y se olvida del actor.

Pasaron las primeras escenas y rápida la expansión. El público estaba interesado, absorto.

Era aquél un legítimo triunfo del arte, era aquella la aurora de un porvenir lleno de gloria.

Aquella situación iba á tener irremisiblemente este término: una salva de aplausos. Hasta había quien instintivamente hubiese puesto una mano sobre otra, esperando el momento de aplaudir.

Isolina representaba una madre que reclama á su hijo.

—Señor marqués, decía Isolina, por la

vez postrera, ¿lo entendéis? por la vez postrera os pregunto: ¿En dónde está mi hijo?

El marqués, después de un movimiento en que reveló su profunda pena, extendió el brazo derecho hacia la puerta izquierda del foro, y en tono solemne exclamó:

—¡Señora, aceptad mi sacrificio; todo es cierto! ¡Nada puedo negaros ya! ¿Quereis ver á vuestro hijo? ¡Helo ahí!

En este momento debía aparecer el galán, el hijo deseado que vendría á arrojarse á los brazos de su adorada madre, y ¡oh fatalidad! lo que acababa de aparecer á la puerta de la izquierda era Alí, el perro de Pico, el perro fiel, el servicial Alí, el cazador de pollos.....

Despeñándose desde la inmensa altura del entusiasmo hasta el fondo del más espantoso ridículo, el público prorrumpió en una estrepitosa carcajada.

Este ruido inesperado detuvo al galán un paso antes de la puerta, en tanto que Alí, sin ningún género de ceremonia, se paró á algunos pasos contemplando á Isolina de hito en hito.



En el público había crecido la algazara á un grado increíble, y el galán perplejo y sin darse cuenta de lo que estaba sucediendo, porque desde donde estaba no podía ver al perro, creyó prudente no salir cooperando con esta abstención á prolongar el detestable efecto de aquella escena.

El perro, deslumbrado con los quinqués del proscenio, no veía á Pico que desde la concha le gritaba; sino que reconociendo á Isolina, después de su primer estupor, se dirigió á ella meneando la cola.

—¡Abraza á tu hijo! gritó un chusco desde la galería.

Y otra salva de risas contestó á la gracejada con un estrépito infernal.

—¡Fuera, fuera! gritaban unos.

Un espectador indignado arrojó su sombrero al perro; pero el sombrero tocó solamente la falda de Isolina.

El ruido creció de manera que parecía que el teatro se venía abajo.

Alguno creyó que se trataba de vengarse de la burla y arrojó un cojín al foro, y tras

ése, por espíritu de imitación, llovieron cojines sobre la escena.

Alí se puso furioso y comenzó á ladrar, y entonces el público arrojó cojines contra el perro y después sillas, generalizándose en el salón el más espantoso de los desórdenes.

Isolina se había apoyado en el brazo del actor que hacía el marqués, quien sintiendo que á Isolina le faltaban las fuerzas y vacilaba próxima á caer, la sostuvo y retrocedió con ella para ocultarla.

Poco después cayó el telón y ya por todas partes se oía gritar: ¡Un médico! ¡un médico!

Y multitud de personas abandonaron sus asientos y se dirigieron al foro.

Isolina era presa de un formal desmayo.

Dos médicos la estaban asistiendo y debieron notar algunos síntomas graves, porque aconsejaron la mayor diligencia y actividad para la ejecución de sus órdenes.

Para calmar un tanto la rechifla y la algazara del público, el director mandó á la



música que tocara una pieza; y se mezclaron al desorden y á la bulla los alegres sonos de una danza.

Isolina no pudo volver en sí, sino después de muchos trabajos, no quedando en disposición de seguir la representación.

El director anunció al público que con conocimiento de la autoridad se suspendía la función; y después de una última silba, el público se fué retirando poco á poco.

—¡Buena la hemos hecho! decía doña Atanasia á sus compañeras; lo estaba viendo; si esto del teatro es muy difícil.

—¿Y de quién es el perro? preguntó una.

—¡De quién ha de ser! del bueno, del bendito de mi compadre Pico; y esto es lo que más sorprende, porque el apuntador debe saber que es peligroso tener perros.

Pico á la sazón estaba rodeado de varias personas, que procuraban consolarlo....

—¡Iba tan bien! decía uno, yo estaba encantado, se puede asegurar que la señora de usted es una grande artista, pero una desgracia....

—¡Y qué desgracia! un maldito perro que se coloca en el lugar de un hijo.

—Yo creo en el alma de los perros, exclamó uno.

—No, señor, replicó Pico; si los perros tuvieran alma, el mío, (porque es el mío el autor de esta atrocidad) se hubiera abstenido de salir á la escena; porque mi Alí me quiere mucho y me ha dado muchas pruebas de adhesión.

Para el empresario, aquél había sido el golpe de gracia: estaba arruinado.

Los jóvenes audaces, los que se rodean de la bailarina, los que la primera noche habían camelado á Isolina, y aún el mismo Alberto, con todo y su fingida obstinación amorosa, se habían dispersado en presencia de la desgracia; formaban corrillos en los que procuraba cada calavera de aquéllos, lucir su ingenio, soltando dichos y chocarrerías á propósito del perro, del lance y de Isolina.

Quién dice que Isolina es nombre de perra y Alí nombre de moro, y que por eso se trocaron los papeles; quién juega el re-



truécano de que aquello había salido *de los perros*; y no faltó quién atribuyera á Alberto la salida de Ali.

El perro de Pico había logrado ser en aquella noche una verdadera notabilidad; todos hablaban de él, todos le celebraban el papel que había representado en el drama y la oportunidad con que se presentó en el momento supremo.

Las figurantes apuraban toda su elocuencia mordacidad, toda su ponzoña y todas sus pasiones, en comentar el hecho, en despedazar á la ex-figurante y en compadecerla con ese género de lástima sangrienta de que solo es capaz una mujer ordinaria.

—¡Pobre! decía la pelona, ¡pobre señora! no es nada lo que le ha sucedido, absolutamente nada; si tal vez hubiera pasado esto después de algunas representaciones, vaya, se podía pasar; pero en la noche del estreno; cuando el público la estaba juzgando, cuando iba á decidir de su suerte!... ¡Ay! ¡pobre señora! no quisiera yo estar en su pellejo.



## CAPÍTULO XI.

EN EL CUAL CONTINÚAN LAS DULZURAS  
DE LA CARRERA DRAMÁTICA  
SIEMPRE DIFERENCIANDO.

**N**ECESARIAMENTE aquella catástrofe vino á cambiar del todo el aspecto de los negocios.

Don Fernando fué el único amigo en la desgracia; D. Fernando no se separó de Isolina, llevó médicos, consoló á la enferma, y alentó á Pico que había caído en una postración melancólica y profunda.

Pico, el festivo Pico había clavado el pico, como un pájaro en la hora postrera.